

Dos encuentros con «El abuelo»

ILDEFONSO-MANUEL GIL

Mi padre, farmacéutico en su ciudad natal — Daroca, provincia de Zaragoza — había formado con dos amigos una sociedad arrendataria del Teatro Cervantes, propiedad del casino local; fueron empresarios del mismo durante varios años de mi infancia y en los inicios de mi adolescencia.

En el viejo Cervantes, que novelé en *Juan Pedro el dallador* cambiándole el nombre, mi infancia tuvo un extraño campo de juego y un sinfín de revelaciones maravillosas. Podía ver las representaciones desde el palco de la empresa o entre bastidores; podía ver el cine desde el palco o desde la cabina, por el ventanillo que permitía al operador vigilar la proyección para evitar el estruendo de pateos, silbidos y tacos que se alzaba en cuanto se producía un desenfoque.

Todavía el cine no había pasado de las películas en jornadas, que, a episodio por domingo, podían durar meses enteros. De domingo a domingo, nuestra excitada imaginación buscaba soluciones para el terrible apuro en que al final de cada jornada habían quedado el héroe o su dama o ambos a la par. Por entonces el cine merodeaba por los lejanos arrabales del arte y sólo muy de tarde en tarde lograba poner pie, levemente, en la ciudadela asediada y apetecida.

El teatro, en cambio, gozaba de gran prestigio y era el espectáculo preferido para las dos ferias anuales, así como para el Corpus y Navidades; a veces, la estancia en el pueblo de una compañía de actores duraba todo un mes. Tres de ellas hacían frecuentes temporadas en Daroca: la de don José Montijano, casi íntegramente formada por la familia (recuerdo a Conchita, Asunción y José, hijo, cuando apenas eran adolescentes; puede que éste ni siquiera actuase aún, y, en cambio, una de las hermanas, ya no sé si Asunción o Conchita, actuaba cantando, como «fin de fiesta», algunas canciones de moda; tampoco sé cuáles, pero quedan en mi memoria dos versos con su tonadilla: «Cuando las doce en el alto reloj — suenan pausadas con lúgubre son», porque, para mayor efecto, sonaban esas doce campanadas y era yo quien les daba la pausa, no el son lúgubre, pues no sabía cómo podía hacerse tanta filigrana).

Otra era la «Gran Compañía Dramática de Antonio Moli-

nos», y la tercera tenía como cabeceras a Juanita Espí y Joaquín de Andrés (no estoy seguro de este nombre, quizá fuera Joaquín del Valle, pues es posible que se me cruce el de un buen amigo, Director del Instituto de Teruel, asesinado en tal ciudad en agosto de 1936). A esas tres compañías, y a otras que no consigo recordar, les vi, entre mis seis y trece años, numerosas representaciones: varias de *Don Juan Tenorio*, dramas de Echegaray, *Tierra Baja* y *El Místico*, algo de Benavente y mucho de Linares Rivas, poco de Arniches y mucho de los Álvarez Quintero.

Prefería estar entre bastidores; después de cumplir los siete u ocho años se me permitió estar allí e incluso colaborar en el trabajo de montar la escena: poner o quitar sillas, lámparas y otros muebles y objetos no muy pesados, leer en voz alta la acotación escenográfica para que el señor Ignacio, el carpintero, y sus hijos la realizasen, acercar la caja de los clavos..., menudos servicios auxiliares que me hacían sentirme muy importante. Algunas veces simulé el trueno, batiendo una gran hoja de zinc; y el relámpago, soplando sobre la llama de una vela un poco de polvo de resina puesto sobre una carta de baraja doblada en ángulo; o bien el disparo de una arma de fuego, arrojando al suelo entarimado un pequeño petardo. Cuando simulé tan enérgicas actividades jupiterinas debía de andar ya por los doce años; a esa edad había contribuido varias veces a la muerte violenta de don Gonzalo: el petardo tenía que explotar en el instante mismo en que don Juan Tenorio acabase de decir aquello de «cuando Dios me llame a juicio, — ¡tú responderás por mí!»

Nada de cuanto sucedía en escena me distraía de la realidad de entre bastidores. Los actores seguían siendo ellos mismos sin adquirir la personalidad que les asignaba el autor. Decían y hacían cosas que no acababan de tener sentido, sin posibilidad de alzar ante mí su mundo de ficción ni de conferirle independencia de quienes ellos eran realmente. Cumplían un oficio como el señor Ignacio o sus hijos, y eran tan «incambiables» como éstos.

Todo era así; cuando el actor Joaquín de Andrés, o del Valle, se iba muriendo muy poquito a poco y muy espectacularmente en *El Místico*, yo no veía más que su esfuerzo de voz por fingir no tener casi voz; veía el sudor caliente del actor y no el sudor frío del agonizante.

Pero un día todo cambió. Debió de ser hacia 1921, quizá 1922, cuando la compañía del «primer actor y director» José Montijano representó *El abuelo*. No creo que su caracterización con largas barbas blancas, consiguiera distanciarme de su ser real,

abriendo así la posibilidad de acercarme a su personaje. No, no pudo ser eso. Recuerdo que don José, esperando su entrada a escena, puso sobre mi hombro su mano derecha; en aquel momento, sus hijas Asunción y Conchita estaban diciendo unas cosas muy divertidas contra la lista de los reyes godos y la lata de estudiar historia y otras cosas así. Todo eso lo decían las hermanas Montijano, pues de las niñas Nell y Dolly a mí no me importaba nada. Sin embargo, poco más tarde... Repito que no pude darme cuenta del gran cambio. Sólo recuerdo — ¡cuán vaga y nítidamente a la vez! — que de pronto yo estaba sufriendo con aquel viejo, tan enérgico y tan débil, tan abatible y tan inexpugnable. Y que sin importarme nada todo aquello del honor y de la legitimidad, quería saber, con tanto afán como él, cuál de las dos muchachas era su nieta de verdad y quería que lo fuese Dolly y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por que lo fuera.

Todo era distinto y no había público, ni estaba el apuntador en la concha, ni había decorados, ni estaba el señor Ignacio Bobed con la cuerda del telón de boca agarrada fuertemente, dispuesto a obedecer la señal del apuntador al final de acto. Allí no había otra verdad que la angustiada búsqueda del conde de Albrit y, milagrosamente, el viejo noble era una criatura real y había borrado al actor y sus palabras eran palabras verdaderas, como su incertidumbre y su dolor. Era, al fin, mi descubrimiento del teatro; y estar entre bastidores era el privilegio de estar más cerca de tan portentosa realidad, poder tocar, ahora disimuladamente, la capa del conde cuando al entrar o salir pasaba por mi lado, quizá tener un instante en la mano su bastón.

Recuerdo que Dolly estuvo una vez callada y el conde le ayudó a contestar la pregunta que acababa de hacerle; una vez resbaló el bastón de entre las rodillas del conde y fue una suerte que Nell lo cogiese tan pronto, pues si no yo hubiera salido a cogerlo para ponerlo muy respetuosamente en manos del pobre señor de Albrit. Y al darme cuenta súbitamente de que había estado a punto de interrumpir por modo tan absurdo la representación, supe que aquella realidad era distinta de la mía, que no había comunicación directa entre el mundo de Albrit y el mío, que todo sucedía fuera de mi vecindad y fuera de don José Montijano y de las lindas muchachas que eran nietas del conde, tan cerca y tan lejos, pero con tan entera verdad que yo no era ni yo mismo, borrado, hecho por vez primera un

espectador puro, un testigo totalmente marginal, a quien todo acceso a aquel mundo deslumbrador le estaba vedado. Ellos eran reales y yo no era más que una sombra viéndolos vivir.

Es seguro, tal como ahora estoy recordando, que todos aquellos elocuentes párrafos sobre el honor no significaban nada para mí. Lo esencial era que aquel noble anciano tenía que averiguar cuál de las dos niñas era de verdad su nieta, y yo participaba de su ansiedad, aceptando y rechazando indicios, a medida que él lo hacía. Pasaba el tiempo, la amenaza de encierro del conde en un monasterio se hacía cada vez más segura y ni él ni yo teníamos pista alguna; eso era muy triste y a la vez muy excitante y estupendo porque nos tenía ansiosos, casi ni podíamos respirar, y hasta me hacía la ilusión de que iba a saberlo yo antes que él, que de un instante a otro lo iba a adivinar y, si sucedía así, todo lo que él tardase a saberlo iba a ser un exclusivo goce personal mío. Pero la historia seguía su curso, las intrigas contra el viejo señor podían dejar definitivamente todo tan oscuro como al principio.

Mi predilecta era Dolly; además de gustarle de ser de pueblo y andar descalza, hablaba mal de la lista de los reyes godos y era capaz de enseñar a leer a los pájaros o por lo menos les cedía su libro. Las dos eran buenas, pero ella lo era mucho más y de mejor manera.

El final resultaba al principio desconcertante, porque no servía de nada haber estado buscando. No era cosa de la cabeza, sino del corazón. Aunque supiéramos que Dolly era la nieta de mentiras, la pobre niña borde, saltábamos de júbilo viendo que se iba — ¿adónde? — abrazada al viejo casi ciego, mientras la mentira se hacía una verdad tan grande que no cabía en nuestra cabeza, pero que extendía por todo el cuerpo una especie de alegre calor.

Nada importó que don José, una vez que había saludado varias veces al público teniendo cogidas de sus manos a Conchita y Asunción, hubiese recobrado con la caída del telón su identidad. Tal recuperación no significaba el aniquilamiento de su personaje. El señor de Albrit vivía fuera del actor, era alguien a quien yo había conocido de una vez y para siempre. Aquella noche me quedé dormido viéndolo irse apoyado en el hombro de Dolly, bañados los dos por una especie de luz que no era entonces para mí más que un gran relumbre, hasta que años más tarde comprendería que era el halo con que la dignidad, la bondad y la libertad envuelven a ciertas criaturas humanas.

El «león de Albrit» y Dolly, dignificados por la nobleza de sus sentimientos, buenos en la final pureza de su corazón y libres de estúpidas presiones sociales, eran criaturas, como en cierto modo su amigo don Pío, que tenían derecho a estar en el reino de los niños. Yo los veía alejarse, feliz de su ya alcanzada felicidad, desde el ventanal ya casi completamente entornado de mi antesueño.

* * *

Años después, internado en el Seminario de Teruel y no por vocación sacerdotal, el preso común que desde la cárcel contigua traía a su prolongación claustral la comida nos proporcionó unos libros que había cogido de la biblioteca penitenciaria. En medio de tanta pesadumbre, fue un gozo que hubiera entre ellos tres obras de Galdós: *La familia de León Roch*, *Realidad* y *El abuelo*. Las dos primeras no las conocía, porque mis iniciales lecturas galdosianas — *Marianela* y la mayor parte de los *Episodios Nacionales* — se habían interrumpido asfixiadas por la oleada antigaldosiana que todavía se agitaba en mis años de aprendizaje literario. Pero desde aquellos breves y larguísimos días, entre agosto de 1936 y marzo de 1937, Galdós es una de mis devociones literarias y creo que seguirá siéndolo, porque muy grande es mi deuda de gratitud.

Leí primero *Realidad*, después *La familia de León Roch*; finalmente, *El abuelo*. Apenas había empezado esta lectura, se me pusieron en pie los recuerdos de aquella lejana representación teatral. Fue una curiosa experiencia que me ayudaba a descargarme — ¡ay, momentáneamente! — de las más terribles angustias que he vivido. Página tras página, marchaban a la par en mí el joven que estaba leyendo y el niño que había descubierto, de pie, entre bastidores, la magia del teatro. Ahora me daba cuenta de que ciertos excesos retóricos evidentes en la obra, indeleble sello de época superado por la recia grandeza de la concepción dramática, no habían sido percibidos por el niño, que sólo había estado atento a la humanísima fuerza del drama, captado por su hábil progresión, sacudido por la hondura y reciedumbre de los sentimientos del viejo Albrit y de Dolly. El niño había prestado todas sus posibilidades de solidaridad sentimental; el joven añadía la solidaridad ideológica, suscribiendo las ideas galdosianas que de niño se me habían escapado en la tensión patética. La condesa Lucrecia, el intrigante Senén, el cura don Carmelo, el médico, el alcalde, fuerzas vivas de la ciudad de Jerusa, así como el matrimonio Venancio-

Gregoria, eran reducción infinitesimal de un mundo contra el que yo estaba y deseaba seguir estando. El viejo Conde de Albrit y Dolly, también don Pío Coronado, el de nombre y apellido significantes, representaban el mundo de sinceridad, comprensión y libertad a que aspirábamos.

Llegué a saber de memoria el fragmento de la penúltima escena que se inicia cuando el conde pregunta a su amigo qué es lo que piensa del honor:

«DON PÍO (*Lleno de confusiones*). — El honor..., pues el honor... Yo entendía que el honor era algo así como las decoraciones... Se dice también *hombres fúnebres*, el *honor nacional*, el *campo del honor*... En fin, señor, no sé lo que es.

EL CONDE. — Hablo del honor de las familias, la pureza de las razas, el lustre de los nombres... Yo he llegado a creer esta noche..., y te lo digo con toda franqueza..., que si del honor pudiéramos hacer cosa material, sería muy bueno para abonar las tierras.

DON PÍO (*Aguzando el entendimiento*). — Pues el honor..., si no es la virtud, el amor al prójimo y el no querer mal a nadie, ni a nuestros enemigos, juro por las barbas de Júpiter que no sé lo que es.

EL CONDE. — Paréceme, buen Coronado, que descubres un mundo, un mundo lejano todavía..., lo ves entre brumas.»

Y quizá porque de niño había llorado al ver el abrazo final de Albrit y Dolly, volví a llorar al leer las palabras últimas del drama: «amor... la verdad eterna».

Ese amor, eterna verdad, era suprema elección por encima de prejuicios, por encima de convencionalismos y presiones sociales, seguro y pleno en los estrictos límites del hombre, apuntando a un futuro que estaba ahí, aunque todo pareciera negarlo.

El viejo león de Albrit, Dolly la niña borde y el pobre cornudo que destruía el ridículo a fuerza de bondad; es decir, tres criaturas que por dolor y por amor se cargaban de humana significación y desde su firme individualidad asumían la representación del maltratado género humano, seguían andando juntos tal como los vi desde mi privilegiado puesto de entre bastidores y desde los linderos de mi sueño infantil. Don Antonio Machado nos había enseñado ya por entonces que se hace camino al andar. Y los pasos del hombre lo irán haciendo hacia ese mundo lejano todavía que Galdós y sus personajes habían visto entre brumas.